

P O E S I A

E N V O Z

A L T A

AL CAER el telón final, entre aplausos y "bravos", unas cuantas caras lívidas y desencajadas... Mientras unos permanecen en sus asientos, aplaudiendo entusiasmados, otros se alzan de hombros y salen rápidamente. Pausa. El telón se abre una y otra vez... Flores, entusiasmo... En el pasillo, las opiniones se dividen:

- (Despectivo) ¡Torre de marfil!
- ¡Esteticismo puro!
- (Iracundo) ¡...Y pensar que el pueblo no tiene qué comer!
- ¡Esto es teatro!
- ¡Nuestros clásicos! ¿Cómo se atreven?
- (Entusiasta) ¡A ellos les hubiera encantado!
- (Irónico) ¡Y ese vestuario...!
- (Casi tirándosele encima) ¡Es maravilloso!
- ¡Qué mal gusto! ¡Servirse del Arcipreste para hacer una comedia musical!
- ¿Y por qué no?
- ¡Al fin! ¡Un director con imaginación!

Todo esto, con motivo del estreno del Tercer Programa de "Poesía en Voz Alta". Acabábase de representar "La Cena del Rey Baltasar", de Calderón de la Barca, y "El Buen Amor", un espectáculo creado con fragmentos de la poesía de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Con esta escenificación, el grupo "Poesía en Voz Alta" insiste en su intención de crear nuevas posibilidades al teatro poético. Gran parte del público había acudido con la seguridad de ver la reconstrucción de una joya arqueológica y se encontró, en cambio, con un espectáculo limpio de las seis capas de polvo que cubren a los clásicos limitándolos a un círculo de eruditos. De allí la controversia: los eruditos no pueden comprender que los clásicos son algo más que simple materia de estudio. El espectador virgen se alegra de encontrarlos a su alcance. También había quienes comentaban la imperdonable ausencia de un sentido político, olvidando que una representación teatral es fundamentalmente eso: una representación teatral.

Octavio Paz explica en la nota del programa el equilibrio de las dos partes de que se compone el espectáculo. Mientras Calderón es el lenguaje barroco, elegante, culto, que va a la expresión del amor divino, el Arcipreste es la otra cara de la poesía: el lenguaje popular, vivo, ágil, que nos da la expresión del amor humano. "La Cena del Rey Baltasar" es un monólogo interior, la individualidad del hombre con su capacidad de elección frente a Dios. Frente al monólogo de la obra de Calderón, el coro del Arcipreste de Hita: la voz general, el canto popular, la sangre que corre y se arremolina al contacto de los cuerpos, la risa que se eleva de los corazones humanos en su aspecto terrestre: la vida, la convivencia en sí: "El Buen Amor". En Calderón encontramos el "yo" frente a un espejo que lo refleja, y en "El Buen Amor", el mismo "Yo" reproducido en miles de espejos que lo reflejan en sus diferentes ángulos. Calderón se preocupa por el destino del alma; quiere hacernos sentir el temor de Dios: es un mo-

ralista. El Arcipreste también, sólo que él intenta reconciliar la moral con el simple goce de vivir.

Héctor Mendoza, cumpliendo lo que promete Octavio Paz en el programa, da una interpretación renovada y actual de los clásicos. El espectador se da cuenta, al abrirse el telón en "La Cena del Rey Baltasar", de que está ante un espectáculo mayor cuyo movimiento escénico combina la grandiosa solemnidad de la

(Pasa a la pág. 32)



Calderón —"la grandiosa solemnidad de la misa"



—Fotos Ricardo Salazar

"se vuelven mimos, cantantes, acróbatas, flores, instrumentos, pájaros"...

P O E S I A E N V O Z A L T A

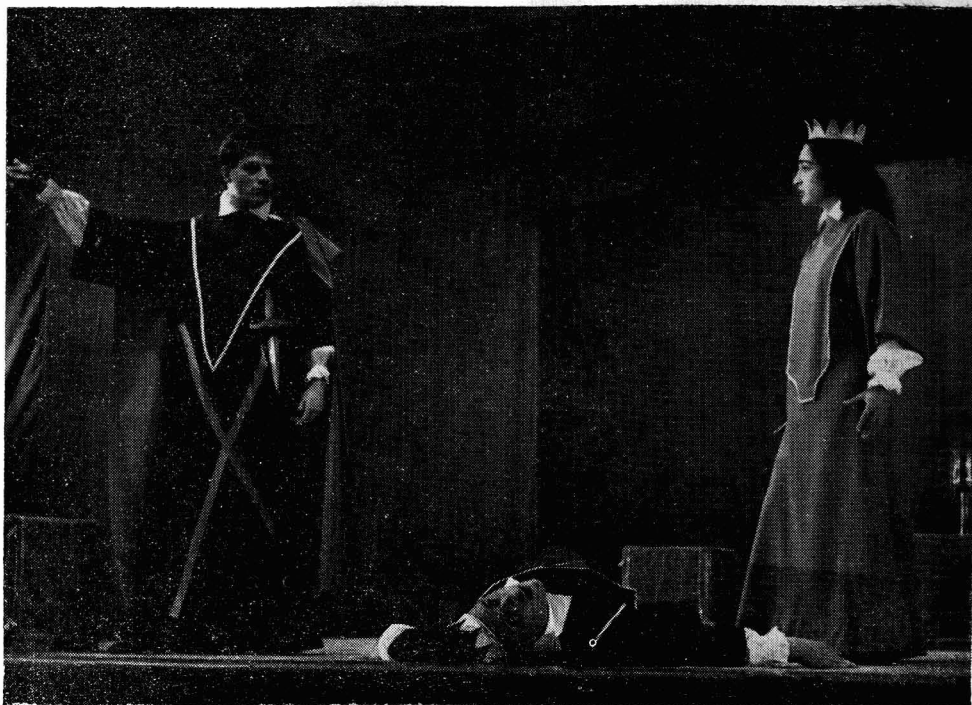
(Viene de la pág. 28)

misa, con la composición simétrica de un juego de ajedrez. Sobre estas dos ideas-base, la escenografía, el vestuario, la música y la dirección, se ponen al servicio del actor, en cuanto a su participación como elemento primordial de composición plástica en el teatro. La escenografía fue reducida a un mínimo de seis cubos, tres vasos y un color: una tela en tono paja que cubre la totalidad del escenario. En este color está la idea fundamental de la interpretación: un color solar, fuera del tiempo y del espacio, que sitúa el problema calderoniano en su verdadero sentido de ecuación ética. El vestuario se libera de la época que marca el texto para convertirse en símbolo de la acción. La intención ha sido de ofrecer: no una realidad histórica, sino una impresión de realidad mucho más poderosa y expresiva: la verdad escénica, que vive por sí misma en cualquier tiempo y en cualquier lugar. La música de Leonardo Velázquez ayuda a la dirección a mover a los personajes en el espacio imaginario y litúrgico de Calderón. Richard Lemus y su batería marcan, en una línea sutilísima, la intervención incomprensible de la justicia divina.

Para "El Buen Amor", los personajes continúan moviéndose en el espacio solar creado por Juan Soriano, pero el vestuario y la utilería cambian para convertirse en la otra cara de la poesía. Los personajes se vuelven terrestres, casi animales, casi niños, casi flores. El Arcipreste de Hita se convierte en música, color y movimiento, sin que por ello se descuide la palabra, ya que el lenguaje del Arcipreste es eso en sí mismo: color, música y movimiento.

Los actores dejan de serlo y se vuelven mimos, cantantes, acróbatas, flores, instrumentos, pájaros. La obra del Arcipreste no fue escrita para teatro, pero los realizadores, conservando siempre su índole poética, lo han convertido en un espectáculo y el resultado no pudo ser mejor. El conjunto presta su juventud, su frescura y su disciplina con admirable entusiasmo, reafirmando la idea central del grupo: el teatro como labor de equipo, en el que la estrecha relación de todos sus elementos no admite desigualdad en importancia.

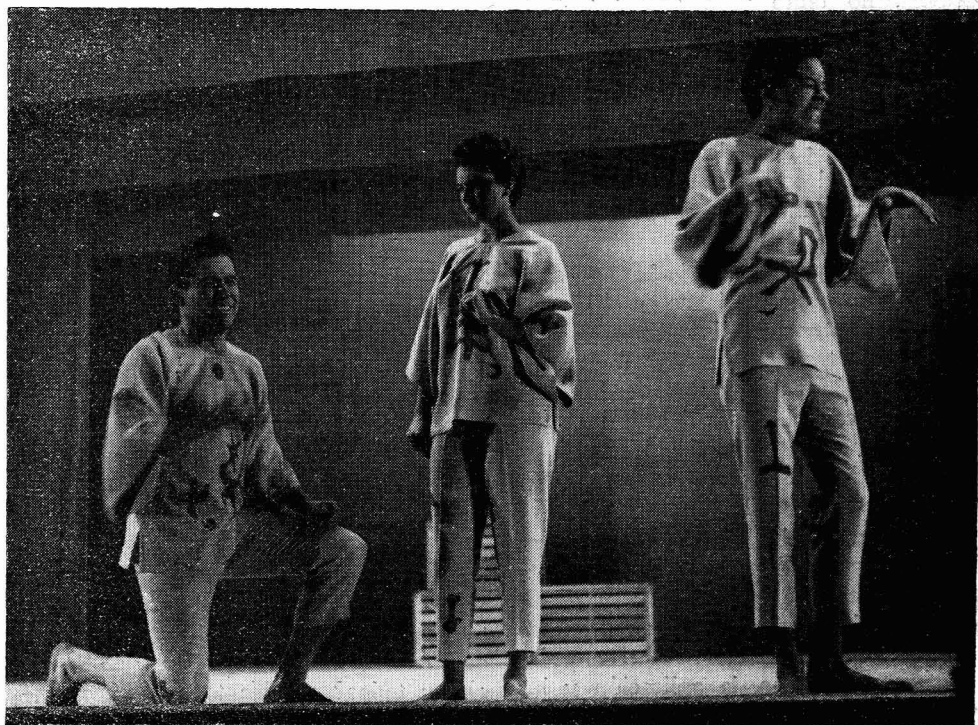
Es necesario reconocer que con este Tercer Programa, "Poesía en Voz Alta" demuestra definitivamente que en la actualidad es el único grupo teatral, en México, cuyas aportaciones trascienden por su intención manifiesta de encontrar nuevos valores dentro de la creación escénica.



"Calderón se preocupa por el destino del alma."



"El Arcipreste de Hita se convierte en música, color y movimiento"



"lenguaje popular, vivo, ágil, que nos da la expresión del amor humano"

—FOTOS: Ricardo Salazar